

MIGUEL HERRAEZ. *CLICK*. Barcelona. Ronsel. 1994.

En *diablotexto*, N^a 2, 1996, 303-305.

Click es la primera novela de un escritor - hasta la fecha - de otros libros. Miguel Herráez (Valencia, 1957) se estrenó como poeta (*Elipsis*, 1977; *Hipótesis de la razón y su silencio*, 1978), y se deslizó después hacia el relato (*Las claves de Trilby*, 1982; *La tregua de los ángeles*, 1985), antes de venir a desembocar en esta novela y de hacerlo por el frecuentado canal del género negro, una de las llaves más eficaces del mercado literario de la democracia.

La novela, de breves dimensiones, está estructurada en tres partes de dudosa funcionalidad, pues no se corresponden con las fases lógicas del relato: la situación inicial, con la presentación del protagonista y su vida cotidiana (I,1); los hechos que desencadenan la acción, hasta involucrar al protagonista, inicialmente ajeno (I,2 y I,3); la intervención del protagonista en la intriga (II,4 a III,10); y el desenlace (III,11 a III,13). La intriga, que tiene por eje unos clichés que todo el mundo busca y la guerra entre bandas mafiosas rivales, no siempre mantiene esa tensión que el género negro necesita realimentar constantemente para sobrevivir. Faltan, además, algunos ingredientes característicos, tales como la sordidez de la vida cotidiana de policías y hampones en un universo social corrompido, el atractivo en negro de los criminales, el contrapunto y la complicidad equívoca de la aventura amorosa - aquí muy desvaída -, la dureza de ciertos episodios, en fin, el manejo de dos o tres personajes - al menos - de relieve.

Sin embargo Miguel Herráez introduce en el género - con instinto - notas insólitas. Tal el experimento con ciertos procedimientos narratológicos, como el de la descomposición del acontecimiento en instantáneas que se ordenan arbitrariamente, en el capítulo I,3, en el que el relato del intento de asesinato de Germán Tello por el fagotista es descompuesto en diez momentos distintos, cuyo orden de sucesión "natural" es alterado, juntamente con el punto de vista. Nuevas descomposiciones de la secuencialidad narrativa se producen en la tercera parte, hacia el final de la novela. Sin duda este procedimiento de deconstrucción y montaje atenta contra el dramatismo ingenuo de los relatos criminales, distancia la violencia, la convierte en juego, se la entrega troceada al lector como si se tratase de un *puzzle*.

Durante buena parte del relato (la inicial) la narración transcurre en presente, con esa inmediatez de algunos de los nuevos novelistas norteamericanos (B.E.Ellis), transmitida a los más jóvenes novelistas españoles (J.A.Mañas), con esa performatividad (se narra lo que se actúa, se actúa al narrar...) que parece apuntar sus baterías contra el predominio casi absoluto - en la narrativa contemporánea - de la evocación y la escritura de la memoria. Es una lástima

que el relato no persevere en este experimento y que se deje poco a poco llevar hacia un pretérito más convencional, menos sugerente.

Entre los encantos de esta novela hay que señalar, sin duda, su desenfadado uso del lenguaje, con lo que se sitúa decididamente en esa onda tan antibenitiana, tan poco novísima, tan poco Escuela de las Letras, de los nuevos narradores que tratan de devolver al idioma novelístico naturalidad, inmediatez, rumor de calle. De los latinoamericanos - y muy especialmente de Bryce Echenique - ha aprendido a no tenerle miedo a la ternura y a dejarse seducir por los diminutivos, sobre todo cuando se habla de las niñas del protagonista, o de su perro, de los norteamericanos se le ha pegado el sustituir el nombre de las cosas por el de sus marcas o etiquetas - "Saqué un Cheiw y me lo metí en la boca"-, pero con quien más comparte es con la calle, y tal vez con los "comics", o con esa franja de la narrativa española que corre desde Paco Umbral o Eduardo Mendoza hasta Almudena Grandes o José A. Mañas y que se apasiona por los coloquialismos, los barbarismos, el argot "moderno" y creativo de las calles de las grandes urbes, y le oímos decir "lo he cogido por el tímpano" con el mismo tono con que, en su tiempo, Shakespeare decía "préstame la oreja", o tildar a alguien de "desplumado" por su ingenuidad e ignorancia, o enfatizar la mucha atención que merece algún asunto exclamando que "es very importante".

Entre los aciertos hay que señalar también el sentido cómico de la escena, que le lleva a conseguir episodios brillantemente divertidos, como el del día en que trató de quitarse una mancha de tinta de los pantalones a base de frotarla con leche y hubieron de pagarlo las narices de todos sus contertulios, como el de la conferencia fallida a las beatas que esperaban un sacristán o, en general, como aquellos en que intervienen la señora Lorena y su hijo, el aspirante de policía. La narración pasa a veces de lo ingeniosamente divertido a lo hilarante, usurpándole al cine cómico sus recursos más queridos, como los bastonazos sin cuento - con palos de golf - aplicados a dos honrados policías por un dentista y sus huestes femeninas. La novela está contada con un excelente sentido del humor, si acaso un poco demasiado sentimental, demasiado bonachón, y siempre a costa del protagonista, que pertenece a esa categoría de héroes pusilánimes o de pobres diablos que tanto caracterizan, según Northop Frye, a la literatura contemporánea, y que Eduardo Mendoza llevó a jugar el papel de detectives más o menos espontáneos en novelas que como *La cripta encantada* o *El laberinto de las aceitunas* suponían una auténtica deconstrucción del género policíaco, e inspiran de lejos este *Click*.

De hecho, la mayor aportación de esta novela al género radica en el personaje de su protagonista, Germán Tello, verdadero prototipo del héroe paródico de la postmodernidad. Este ciudadano incipientemente calvo, incipientemente maduro, integralmente hipocondríaco (tiene sinusitis, padece reuma, ansiedad, disnea, picores en los pies, se le nubla un ojo...), no se sabe si más soñoliento que friolero o más friolero que soñoliento, que hace vida de padre-

divorciado-con-niñas-y-perro-que-padece-de-próstata, que tiene las obsesiones propias de un ama de casa - desde mirar por la ventana a alguien que vive enfrente y a quien llama Babar hasta envidiar a un tal Fita a quien imagina libre de todas las miserias que le toca sufrir a él-, que se pirra por los pastelitos, los montaditos, los canapés, y que se gana la vida con los más variopintos encargos (desde folletos publicitarios sobre abrigos de chinchillas a reseñas críticas para revistas cinematográficas, pasando por recetas culinarias para la radio, corrección de pruebas de imprenta, conferencias para clubes de señoras aburridas y ricas, lectura y recorte de prensa para Embajadas, entre otros), siempre a salto de mata, retrasado en el cumplimiento de los plazos de entrega, reñido por un incontable número de patronos más o menos ocasionales, agobiado, compadecido de sí mismo, resulta de una frescura, de una verdad, de una originalidad que el género, asfixiado por sus convenciones, está pidiendo a gritos. La vida cotidiana de este personaje, captada con humor y transparencia, devuelve a la novela negra algo que la repetición de esquemas y fórmulas le había robado, su genuina vocación de novela urbana, seducida por los tipos y costumbres, la corrupción y la fascinación, el palpito peligroso de la vida en la calle, aunque hoy ese palpito sea profundamente diferente del que fue en el Chicago de los años treinta. Reconocer esa diferencia y captarla narrativamente, sin restarle a la novela nada de su capacidad de representación, es el arma que mejor emplea Miguel Herráez en *Click*.

Joan Oleza